



**Maurice Montero:**  
**La Trama del Tapiz**

RAÚL SERRANO

*Y las paradojas que se superponen  
o se suceden solo se resuelven mediante el tiempo.*  
María Zambrano, *Poesía e historia*.

#### **Nota de descargo**

Estos textos dan cuenta de dos momentos de lo que, para esos años, los 90 del siglo pasado, era una de las obsesiones y pasiones centrales de mi amigo y cofrade Maurice Montero (Francia, 1960): los tapices, que eran su forma de cifrar su percepción del mundo, sus sueños, tensiones y su tiempo, como ahora lo son esos juguetes mágicos a los que dota de vida propia. Se trata de tapices en los que su diseño y ejecución resultaba ser un trabajo meticuloso, que Maurice realizaba con mucha entrega y concentración en su taller en donde montó, emulando a Penélope, un telar. Por esos años, preparó una serie de exhibiciones para un par de galerías, corrían buenos vientos para las artes plásticas en Quito.

Para entonces, mediada la década de los 80, yo era un migrante, llegado desde Machala, que estudiaba periodismo en la Universidad Central, y habíamos iniciado una amistad gracias a la mediación de un par de amigos en común que, junto a su compañera, la poeta Janeth Toledo, se mantiene hasta el día de hoy. Maurice, muy joven abandonó a su familia (españoles que huyeron del horror y atrocidades del franquismo) en Francia y vino a recorrer, como mochilero, América Latina de punta a punta hasta que recaló en Cuenca. Ahí trabó relación con un grupo de artistas con los que conformaron el Taller-Galería El Aguafuerte (1986-88). Durante ese tiempo se dedicó a estudiar lo que eran las técnicas y rituales de los tejedores andinos. Luego empezó a desarrollar sus propios recursos y a construir un lenguaje que le permitió llevar adelante una serie de diseños en los que la cromática, así como los trazos y texturas, resultaban ser muy peculiares. Eran su sello personal.

Instalado en Quito, Maurice se ocupó de lleno a profundizar en este antiguo y mítico arte, al tiempo que de tarde en tarde le sacaba a su acordeón algún tema de su tierra. Cada tapiz era un cuadro, una partitura de música secreta. Y, como tiene que ser, una aventura que lo llevó a experimentar con tintes, lanas y diseños.

Era la década de los 80 y Ecuador vivía bajo las tensiones y violencias desatadas por el modelo neoliberal. Aunque resultaba paradójico, por esos años se dio un boom de las galerías de arte. No había día en que no se inaugurara una nueva muestra, ya sea de un pintor con su trayectoria auestas o de alguien nuevo. Maurice estaba entre estos últimos, aunque su arte ya resultaba ser una propuesta lúcida y lograda.

Estos textos -juego de metáforas- fueron preparados para inaugurar una de esas muestras. Se han mantenido inéditos (del segundo texto se publicaron algunos pasajes en una crónica de diario El Comercio, de abril de 1991) durante un buen trecho de años y han sobrevivido gracias a la acuciosidad de Maurice al haberlos conservado en su archivo personal, pese a ser lecturas, observaciones, de un amigo que, para entonces como para ahora, solo era un espectador de la obra reveladora de este francés que hoy es un ecuatoriano a tiempo completo. Releerlos, luego de más de tres décadas, me ha llevado a recordar ese tiempo en el que, junto a otros amigos, éramos “felices e indocumentados”, buscando cómo inventarnos la vida entre discusiones en las que todos delirábamos de manera desbordada entre gallos y medianoche. No les he cambiado, a excepción del título del segundo artículo, nada; lo demás (me he resistido a la tentación de introducir otros ajustes) lo he dejado tal como fueron concebidos en su momento.

Espero que para los lectore/a/s de hoy aún mantengan la candidez y esa pátina, en medio de su barroquismo, de aquel tiempo en el que fueron tramados como parte de un ejercicio en el que se privilegió, por parte de Maurice, no el enjuiciamiento de un crítico de arte dueño de su instrumental teórico, sino el ejercicio, la mirada, de un lector que sin duda, desde esa condición, presentó estas anotaciones respecto a la obra de quien hoy en día es un referente, un artista que ha crecido de manera admirable, sin dejar de ser aquel amigo con el que siempre es posible, con su chispeante y vital buen humor de por medio, celebrar la vida y sus entornos.

Quito, junio, 2023

(I)

### **Pecera de Colores**

NO sé si Penélope se lo dijo a Maurice o si Maurice optó por perseguir a la Maga con todo los saxos amarrados a sus orejas, dejar los pliegues de su colmena y luego venirse a parar entre un montón de lanas que lo pusieron de ombligo a los aguaceros de esta ciudad en la que tronar su acordeón es tan sórdido como huirse con una exorcizadora luego de columbrar las ciénagas de las culpas, de los pavores de los bolsillos descuajeringados como los balazos que nos heredó Cortázar en medio de los jueves. Quizás por eso, porque beberse el mar de un estornudo es tan parecido al proceso de crucifixión de los calendarios relamidos por las abuelas entre todo un andamio de bocetos que han extraviado a mesié Maurice en la posibilidad de que al pie de unas gradas sus ojos pendan de algún garfio o que su telar, antes de declararse viejo (peste atroz) decida transmutarse en una garganta tan descomunal como la noche en la que la muerte ha decidido postergar sus buses y sus peces.

En cada uno de sus tapices, Maurice Montero nos enfunda su ceguera del mundo. La inundación del color/los colores, obedece a su equivocada ventana de captarlo como una procesión de faunos que al fin han entendido que sus propias miserias son los trofeos de todas las guerras que se han fabricado para mantener las fauces abiertas y continuar la persecución de sus complejos, de sus torpezas erigidas en muro de Maurice ha sabido degollar antes que la abulia y el estío lo enjaulen. Él sabe convertirse en sorteador de los fuegos del juego de esa garganta que aúlla y aruña como un cuerpo entre los espantos de las camisas de fuerza, de los barrotes que nos flanquean los sueños y al rato asoman retratados en una espalda carcomida o al final de los decretos con los cuales nos hipotecan hasta el odio.

Para los ojos que se desboquen sobre estos tapices, las teorías de los niveles de lenguaje y de los recursos desmontados, quedarán en el estribo de sus tratados de sótano. Pues, Maurice ha descendido hasta los últimos peldaños de la tradición, además que se debe a un útero lo suficientemente estrangulado por los ángeles de la Historia y la histeria como para ahora concretarse en algo así como equilibrista de plaza menor, traficante de facilismos y acabar por meternos alacranes con piel de regalo. Por ello que no creo que su arte se reduzca a la inoperancia del menor adorno, tampoco creo que arte alguno se haya parido con tan siniestros propósitos. En estas fraguas de unas fragmentadas, en todos estos restos de Penélope (la tránsfuga y loca) cualquier paseante de nuestros guetos sospecha que detrás de cada máscara o marea, unos labios trogloditas nos esperan.

Y Maurice, que cayó hace un par de vueltas en un andén sonámbulo, lo único que se ha propuesto y propone es todo un enmarañado de dualidades desesperantes, lúcidamente festivas, arrebatadas a esa garganta displicente que ahora lleva clavada en la espalda como señal de un buen vendedor de milagros. Aunque claro está, cada uno de sus milagros nos abordan con todas las voces de una transición que ya no es ni pretexto entre los hombres, sino entre máscaras (las de su puño) que se someten a los designios de Penélope y de su bufón, quien se ha echado sobre sus oxigenados encantos a perforarle la impavidez por los estertores del deseo. Por eso es un albur el que la Maga y Penélope se desfiguren por tratar de constatar si las costuras y los remiendos (salvo los títulos que se le olvidaron al lunático de las peras del olmo) fueron tomados de los diccionarios que nunca balbucean sobre las dudas del tapiz, son evidentes en Montero como el hecho de que al doblar un portón esa garganta de clavos retorcidos en la que funde y refunde sus talismanes, se ha tragado todas las amarras y está aguardándolo ahí, junto a los médanos de lanas que ya no son lanas ni hilos, solo un charco coagulado de carcajadas miserables.

(Quito, marzo de 1990)

(II)

### **Cazador de Espejos**

HABRÁ que acabar con los relojes, quemar los calendarios y luego de vadear los desprecios de Jacques Brel preguntarle a Maurice Montero si las utopías son las máscaras de los sueños o si sus tapices son los puentes que buscan los ciegos, los perseguidores y los cazadores de espejos. Porque ocurre que entre uno y otro tapiz solo está la niebla, el bosque en el que los hombres perdieron sus amuletos, su razón de no tener sinrazón y los últimos pretextos para quedarse entrapados entre los tejidos en los que Maurice Montero acaba con cualquier concesión del arte de no hacer concesiones, ni siquiera por la náusea de ser parte de muchas postales, de muchas miserias.

Y es que Ud/ellos/nosotros/vosotros no atinamos con qué madeja quedarnos. A veces es preferible pasarse relamiendo los catálogos para descubrir cosas como: MAURICE MONTERO no es de este útero. Vino desde la trastienda donde se reparte a puntapiés la torre Eiffel y la humillación de los guetos podridos de solitarios y travestis. Montero en vez de dientes posee un acordeón, y por espalda un telar que le fue creciendo conforme moldeaba los clavos para

evadirse, para transar con una especie de muerte a cuenta hojas. Ha expuesto lo suficiente como para no dejar de calar y persistir sobre sus trabajos de agua y sus puentes con transeúntes olvidados en ciertas basílicas de lana y polvo. Montero se ha quedado entre nuestros insomnios y sentinas salvajes, porque no gusta de los silbidos ni de las canciones con bandoneones ciudadanos. Además, tiene problemas para andar: esa joroba llamada telar porta más de cien brazos y piernas que le impiden cualquier bostezo; cualquier acto doméstico.

Claro, por lo general los catálogos repiten las infamias inevitables. En esta ocasión Montero sale bien librado. Porque entre muros y charcos de color, de sangre e insomnio, bucea como un topo. No hay costura ni trazo que se convierta en mácula, escalera que equivoca su juego. Maurice (hay que advertirlo) ha descendido hasta los sótanos de la tradición, asimilando y profundizando lo vital, todas las herencias.

Para algunos, el trabajo de Maurice Montero puede saber a trivial, viciado de fuegos que terminan de adorno en cualquier pared o jaula de petimetre. Golpe enmarañado y al extremo dudoso. Adorno y trivialidad se le ocurren a quien no se deshace de su rol de “gran masturbador”, abyecto que cualquier reto anormal lo lleva a escudriñar los catecismos, los teoremas para perderse y negar la opción de cortarnos la otra cara o convertirnos en inquilinos de algún bunker invadido por unicornios y esqueletos.

Maurice Montero poco sabe de gustos ajenos. Se rasura hasta el último reloj con tal de no traicionarse. Por eso, a penas despierta, suele preguntar a sus vecinos si por espalda lleva un aparato que masculla, un animal que escupe guirnaldas o un armatoste que ya no cabe en su falansterio ni en su noche.

(San José del Vínculo/diciembre de 1990)